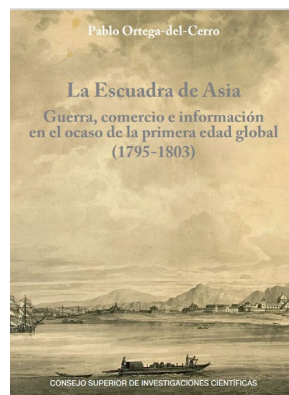


ORTEGA DEL CERRO, Pablo,
La Escuadra de Asia. Guerra,
comercio e información en el ocaso
de la primera edad global (1795-
1803), Madrid, CSIC, 2023, 211 pp.
ISBN: 978-84-00-11153-3

Jorge Cerdá Crespo



Autor: Jorge Cerdá Crespo, Universidad de Alicante, jorge.cerda@ua.es, <https://orcid.org/0009-0005-1172-6856>

Cita bibliográfica: Cerdá Crespo, Jorge, «Ortega del Cerro, Pablo, *La Escuadra de Asia. Guerra, comercio e información en el ocaso de la primera edad global (1795-1803)*, Madrid, CSIC, 2023», *Revista de Historia Moderna*, n.º 42 (2024), pp. 458-462, <https://doi.org/10.14198/rhm.26921>

El 20 de septiembre de 1519, desde el puerto de Sanlúcar de Barrameda, partía una expedición compuesta por cinco naves. Su objetivo, llegar a las islas de las Especies navegando siempre hacia el occidente. El marino portugués, Fernando de Magallanes, a las órdenes de la Monarquía española, iniciaba una travesía que le conduciría, a través del estrecho que recibiría su nombre, a las costas de las islas Filipinas, las que avistó en marzo de 1521. Meses más tarde, Gonzalo Gómez de Espinosa y Juan Sebastián Elcano atracaban sus naves en las islas Molucas. De regreso, el marino vasco, a bordo de la nao *Victoria* cruzaba el océano Índico y, tras doblar el cabo de *Buena Esperanza*, contempló de nuevo la desembocadura del río Guadalquivir en septiembre de 1522. Por primera vez en la historia de la humanidad se había completado la vuelta al mundo. Hacía ya dos décadas, en 1498, que la empresa portuguesa había llegado a Calicut con los navíos de Vasco de Gama. Quedaba, de esta manera, inaugurada la primera *era de la globalización*.

Pablo Ortega del Cerro, doctor por la Universidad de Cádiz, ya cuenta con varias investigaciones a sus espaldas. En esta ocasión, con *La Escuadra de Asia. Guerra, comercio e información en el ocaso de la primera edad global (1795-1803)*, nos invita a circunnavegar el globo, formando parte de una experiencia náutica que, a finales del siglo XVIII, tuvo que enfrentar las dificultades y vicisitudes que implicaban las travesías transoceánicas en aquellos tiempos. La obra está inmersa en un contexto complejo, en el que el espacio principal de la acción política ya no queda limitado, de forma

exclusiva, al continente europeo; donde las relaciones entre las diferentes naciones han adquirido una dimensión intercontinental, y repercuten en territorios que se extienden más allá de las siempre frágiles fronteras de la vieja Europa.

Por ello, corresponde enmarcar este título en un espacio historiográfico de actualidad, que busca aproximarse, de forma audaz y atrevida, a un mundo siempre cambiante, que se sostiene estable con enorme dificultad, en el que se han cimentando, a lo largo de la Edad Moderna, las estructuras definitivas del fenómeno que hemos acuñado como *Globalización*. Estos historiadores, en los que el autor afianza sus argumentos, muy prolíficos en los últimos años, han mostrado interés por el origen de esta nueva manifestación político-económica, centrándose en las diferentes relaciones de poder que la sustentan, logrando interpretar con rigor histórico el origen del enrevesado sistema-mundo actual.

Caminando en esta dirección, Pablo Ortega del Cerro nos propone el seguimiento de una expedición naval que expone de forma bien estructurada. Para lograrlo se ha valido de documentación obtenida en diferentes archivos, de los que son buen ejemplo: el Archivo General de Simancas, el Archivo General de la Marina Álvaro Bazán, el Archivo Histórico Nacional o el Archivo del Museo Naval. Esta escuadra, comandada por el marino don Ignacio María Álava Sáenz de Navarrete, partió del puerto de Cádiz el 29 de noviembre de 1795 y arribó a las Filipinas el 24 de diciembre de 1796. La historia de su travesía se relata, por momentos, de forma íntima y personal, entremezclada con un lenguaje estricto, que busca la exposición objetiva a través de los análisis de relaciones epistolares y diarios de navegación. De lectura fácil, a través de las aventuras y desventuras de la oficialidad y marinería de la escuadra de Asia, describe la singladura con gran concreción, analizando las tensiones que marcaron una época bien acotada: el ocaso del siglo XVIII y el amanecer del siglo XIX. Estos años, disimuladamente, adelantaron el final de un periodo de recuperado esplendor político y militar en la Monarquía Hispánica. El *Viejo Imperio*, que intentó descarnadamente sobrevivir durante el siglo XVIII, quiso controlar y defender unas rutas comerciales que, durante casi tres siglos, había disfrutado con cierta exclusividad. Sin embargo, terminada la guerra de Sucesión española en 1713, esta etapa tocaba a su fin.

El autor establece claramente tres principales propósitos en su investigación: el primero de ellos nos ofrece una panorámica, en tiempo real, de los avatares del periplo de una escuadra compuesta por tres navíos y dos fragatas de guerra, desde su partida del puerto de Cádiz en 1795, hasta su llegada a Manila once meses después. El relato nos brinda la ocasión de surcar el océano Atlántico y doblar el cabo de Hornos para que, después de ascender en latitud, encaremos el rumbo correcto que conduce al archipiélago filipino. Cuando esta escuadra regresó en 1803, se había circunnavegado el planeta de nuevo. Sin embargo, aquellas travesías insólitas habían dejado de ser noticia.

El relato se inunda de pormenores para detallar lo que implicaba la intendencia de los navíos en trayectos tan largos; insiste en la dificultad de alcanzar y atravesar algunos puntos geográficos del planeta; describe el sufrimiento que provocaban las

inclemencias climáticas; enfatiza la emoción que suponía descubrir nuevos rumbos y derroteros; retrata las tensiones provocadas por la presencia de escuadras enemigas; reseña los roces y disputas entre los altos mandos españoles y, por último, explica la complejidad de establecer las comunicaciones entre las diferentes partes de aquellos extensos dominios. Inmersa en esta vorágine de sucesos se desarrolla la misión española encomendada al capitán Álava, con unos objetivos bien definidos: asegurar el comercio español en la zona y, entre tensiones y conflictos internacionales, defender de posibles incursiones enemigas las costas filipinas. Cualquier menoscabo en las fuerzas desplegadas hubiera puesto en jaque las comunicaciones entre los distintos puntos del Imperio, se habría arriesgado la ruta del Galeón de Manila y se hubieran visto vulnerados los intereses económicos en la zona.

El segundo de los aspectos que propone Pablo Ortega del Cerro es la exposición detallada de las relaciones internacionales existentes entre las principales potencias de la época. Cabe destacar que eran muchas las naciones que ya tenían una presencia relevante en los mares asiáticos: Holanda, Inglaterra, Portugal, Francia, Dinamarca, Suecia y España, entre otras, hacía ya mucho tiempo que habían aprendido a navegar en aquellas latitudes. De forma paulatina, fueron consolidando puertos francos y enclaves de carácter estratégico desde donde llevaron a cabo sus principales negocios. Tres son los motivos que esgrime el autor para explicar este creciente interés por el mundo asiático: en primer lugar, el despegue económico y demográfico que se inició en el siglo xvii en la China de la dinastía Qing y en la India de la Confederación Maratha. En segundo lugar, el aumento de la voracidad de las potencias europeas por abastecerse de productos exóticos de alta demanda en sus mercados. En tercer lugar, y no menos desdeñable, los estímulos continuos que recibió la exportación de mercancías a los mercados orientales.

Durante la segunda mitad del siglo xviii crecieron considerablemente las rutas marítimas de Asia y se incrementaron las materias primas comercializadas. De forma paralela, se acrecentó la competencia de las naciones por controlar unos recursos tan beneficiosos. Esta estrategia vino marcada por la sucesiva creación de compañías comerciales, aunque algunas de ellas ya tenían una larga existencia: la Compañía de las Indias Orientales británica funcionaba desde el año 1600 y la holandesa había sido fundada en 1602. La española Real Compañía de las Filipinas, de reciente creación, fue constituida en 1785. Al amparo del aumento de las marinas mercantes también se engrosaron las armadas de estas naciones. Buenos ejemplos de ello fueron los esfuerzos que realizó Gran Bretaña en esta dirección, o los intentos continuados de las monarquías francesa y española por incrementar sus flotas durante todo el siglo xviii.

Desde esta perspectiva, la obra trasciende a una mera narración expedicionaria, o a las vivencias de sus tripulaciones. Lo que se aborda es el cambio que sacude el mundo. Un sistema que se tambalea a consecuencia de los incesantes conflictos que estallan en el viejo continente y, que dará paso a un nuevo orden político y económico, cuyas secuelas alterarán las relaciones de poder a nivel planetario. Como resultado de ello, el siglo xix alumbrará un nuevo sistema colonial que consolidará el dominio de las nuevas y emergentes potencias industriales, mientras que los viejos imperios

contemplarán como se diluye su antiguo esplendor. La guerra del Asiento (1739-1748) entre Gran Bretaña y la Monarquía española supuso un aumento muy significativo de la actividad comercial inglesa en América. La guerra de los Siete Años (1756-1763) consolidó el dominio económico que impulsó su revolución industrial. Finalmente, la derrota en la guerra de Independencia de los EE.UU (1775-1783) permitió a la nación inglesa disponer de recursos suficientes para lanzarse en busca del control de los mercados asiáticos de forma casi definitiva.

El tercer elemento que analiza la obra está relacionado con la posición que ocupaba la Monarquía Hispánica durante aquellos turbulentos años. Los vaivenes de sus relaciones con británicos y franceses durante las sucesivas coaliciones de finales de siglo XVIII y los intentos por mantener defendidos e intactos sus dominios territoriales, a base de pinceladas certeras, se van exponiendo de forma concienzuda, rigurosa y amena. A la misma vez, advierte el autor como la lejanía de sus posesiones y la dificultad de establecer comunicaciones constantes con ellas, generaban en aquellos lugares una gran percepción de aislamiento y soledad. Esta situación concedía, inevitablemente, un alto grado de independencia en la toma de decisiones. La inmensidad de las distancias favoreció la creación de espacios donde las ocasionales corruptelas se guarecieron amparadas en la distancia y se cobijaron en la lejanía de la península.

Hacia el año 1800, el mundo estaba enlazado entre sus partes por flujos comerciales, transacciones financieras, encuentros y desencuentros culturales, y complejas relaciones diplomáticas. El 25 de marzo de 1802 se firmó la Paz de Amiens entre las distintas naciones implicadas en la guerra de la Segunda Coalición. Las noticias de este acuerdo recorrieron el mundo rápidamente y estos tratados de paz reactivaron las relaciones económicas entre las diferentes potencias. Sin embargo, aquellos negocios eran tan necesarios en tierras tan lejanas que los intercambios siempre se habían mantenido activos, incluso en tiempos de guerra.

La escuadra de Asia sobrevivió a tres guerras sucesivas: la guerra de la Primera Coalición (1792-1797) por la que España estrechó sus lazos de amistad con Francia; la guerra Anglo-Española de 1796-1802 e, inmersa en esta última, la de la Segunda Coalición (1798-1802), que buscó frenar los avances franceses en el continente europeo. La Paz de Amiens concedió una estabilidad breve y transitoria al panorama político internacional. Todas las naciones que se habían implicado en estos conflictos disponían de intereses en Asia. Los mares de China y el océano Índico estaban inundados de factorías propiedad de las potencias europeas, siendo así que, a principios del siglo XIX, el comercio que se realizaba en el Lejano Oriente constituía una arteria fundamental de los mercados mundiales. La plata de la Monarquía española seguía siendo un elemento clave para el sostén de las finanzas internacionales. Sin embargo, el capitán Álava, exitoso en su expedición y espectador de privilegio en Trafalgar años más tarde, terminó siendo testigo del derrumbe imperial antes de morir en 1817.

Definitivamente el autor logra con acierto y resuelve satisfactoriamente los propósitos establecidos en su investigación. Consigue, a través de la descripción de los avatares ordinarios y mundanos de la expedición española, alumbrar concienzudamente la complejidad de un mundo fuertemente interconectado. A la misma vez,

podemos advertir y reconocer en su texto cómo todos aquellos vínculos y dependencias internacionales repercutían sobre los aspectos más cotidianos de la vida de los expedicionarios españoles, siempre diluidos en una realidad incierta, cambiante y oscilante. Protagonistas, todos ellos, de una trama que reposaba sobre una extensa urdimbre, que se adueñó de sus destinos y condicionó sus vidas azarosamente.